

Memorias de un robo



Memorias de un robo

Introducción

Un mundo nuevo

Aquel día fue el principio de una nueva vida. Volviendo a mi casa sufrí un leve mareo y caí de bruces sobre el suelo adoquinado de una acera de esta ciudad tan poco acogedora. Tuvo que ser un africano que se dedica a pedir limosna el que se inclinara a ayudarme. No quise admitir que debería ir al médico, pero a las pocas semanas no tuve más remedio que hacerlo. Sentí terror cuando el neurólogo me habló de un pequeño ictus, nada grave, pero que podía tener incidencia en la memoria. Y efectivamente así fue. No es que no reconociera a mi mujer y a mis hijos, pero de pronto, mencionaban nombres que yo no conocía o hacían alusión a hechos aparentemente cruciales de los que yo no sabía nada. La posible recuperación de esta función tanto y tan poco valorada en general, pero que había sido crucial para los muchos oficios que había desempeñado, ocupó gran parte de mis días a partir de entonces.

A lo largo de mi vida, mi capacidad intelectual en general y mi memoria en particular, habían sido elementos esenciales de mi éxito profesional, de mi autorealización y de mi autoestima. Sentía como si me hubieran amputado un miembro. La sensación de desamparo e inseguridad comenzaron a acelerar mi caída por la cuesta de la depresión.

Acostumbrado a pensar en abstracto fui elaborando una teoría, durante mis terapéuticos paseos diarios, sobre en qué consiste esto de la memoria. Pensé en ella como una caja grande en la que se acumulan los recuerdos ordenados en cubitos, cada uno con su etiqueta, generalmente relacionada con el evento correspondiente. En consecuencia, pensé, la pérdida de memoria no es sino la ruptura de los cubitos y, a veces, de la caja que los contiene. No es lo mismo recuperar el contenido de cada cubito que el de la caja sin ordenar pues, a veces, la memoria que queda te lleva a un cubito y a veces a un dato sin ubicar.

Fue entonces cuando un amigo me sugirió juntar en mi despacho los cientos de cajas que tenía repartidas entre el garaje, el desván y un guardamuebles para reconstruir mi pasado a través de la documentación que había ido generando hasta mi jubilación. Kilos y kilos de agendas, moleskines, papers, borradores, informes y cartas.

Y funcionó. Parecía que empezaba a recordar cosas, a relacionar nombres, a etiquetar y ordenar los cubitos en la gran caja de mi memoria. Entonces encontré un contrato de alquiler de una caja de seguridad. No recordaba tener ninguna caja de seguridad. Lo que sí recordaba es que todos mis contratos financieros estaban firmados conjuntamente con mi mujer. Y este no lo estaba. Hasta el guardamuebles estaba firmado por los dos, a pesar de que ella nunca había guardado nada en él.

La caja

La siguiente sorpresa fue que mi gestor financiero tampoco sabía de aquella caja, a pesar de que sabe más de mí que yo mismo. No fue difícil, sin embargo, encontrarla y acceder a ella. La caja estaba casi vacía, salvo por un cuaderno escrito a mano y un sobre acolchado en el que ponía «Para Marian. Entregar solo tras mi muerte» con los datos de un notario debajo de esa misteriosa frase.

El cuaderno escrito a mano resultó ser una especie de diario – aunque escrito en pasado - que no reconocí a pesar de ser mi letra y de llevar mi nombre y apellidos en la contratapa. El contenido de ese diario es lo que reproduzco a continuación.

7 de diciembre

Nunca imaginé que mi amigo Ramón acabaría trabajando para el Museo del Prado aunque fuera en esa especie de añadido que era PradoEduación, pero sí que era fácil colegir, allá en nuestra temprana juventud, que no seguiría el camino de nuestros compañeros de colegio, niños privilegiados destinados a replicar el oficio profesional de sus mayores. Y lo era porque él nunca se adaptaba a los juegos o formas de estudiar en grupo de los demás. Era un solitario, que no practicaba ningún deporte de equipo, y del que no se sabía si estudiaba o no, porque nunca lo hacía junto con otros. Jamás respondía las preguntas rituales de un profesor, y siempre elaboraba respuestas complicadas a las preguntas fuera de contexto de cualquier otro.

Muy a menudo coincidíamos en el camino al colegio, privado y religioso, y siempre volvíamos en un grupo que se iba desperdigando según nos acercábamos a las viviendas de cada uno. Él y yo no vivíamos lejos el uno del otro y al cabo de los años esa cercanía y su aprovechamiento para criticar a los demás nos fue acercando en nuestras maneras y aspiraciones de futuro. Compartíamos muchas cosas. La más importante de ellas: nuestra intención de no seguir el camino diseñado por nuestros padres.

Yo estudié filosofía en Gran Bretaña y él Bellas Artes en una especie de escuelita lejos de su vivienda familiar. Vivía con sus padres en uno de los pisos más altos de Espalter 1, cuya claridad e iluminación aprendió a odiar en aquellos años cuando, acabado el bachiller, muchos de nosotros nos fuimos al extranjero y él tuvo que quedarse ante la negativa de sus padres a financiarle sus antojos artístico-intelectuales, tan alejados de la tradición familiar cercana a la ingeniería.

A pesar de nuestra lejanía geográfica, nos veíamos siempre que yo volvía de Londres por vacaciones y así nos manteníamos en contacto. Lo que recuerdo con más nitidez era su deseo continuo de contrariar a sus padres, manteniéndose alejado de cualquier lugar o actividad propia de los jóvenes que ellos desearían para él como amigos, y pasando todo el día cerca de su escuela en el barrio de Lavapiés. Ya a punto de terminar esos estudios, consiguió que sus padres le alquilaran una especie de sótano diminuto en ese barrio a condición de que les visitara una vez a la semana, cosa que hizo sin trampa ninguna durante años.

Cuando empecé a volver bastante a menudo de Londres, pasamos mucho tiempo viéndonos con frecuencia y compartiendo nuestras experiencias. Por eso estaba al tanto de la muerte de sus padres, en un desgraciado accidente viajando en automóvil hacia la costa del Mediterráneo.

Fue entonces cuando heredó, no solo el piso alto de la calle Espalter 1, sino también el garaje al que se accedía desde la calle Moreto y que estaba conectado en el subsuelo con un apartamento pequeño de la misma calle Espalter al que se mudó desde el que habitaba en Lavapiés. Así es como dejó de pagar renta mensual y empezó a vivir con cierta holgura, lo que le permitió perfilar más finamente sus estudios encaminándolos hacia la pintura, a fin de aspirar al puesto, que luego consiguió, como cuidador de esa diminuta colección que se almacenaba sin demasiado cuidado en la parte baja del Museo, con el que sus padres habían colaborado bastante.

A mi vuelta definitiva de Londres, una vez acabados mis estudios de doctorado, me informé con más detalle sobre su oficio en El Prado, en esa parte poco conocida aunque sí visitada asiduamente por grupos de escolares que, bajo la dirección y el cuidado de sus profesores, confrontaban diversas formas de vida asociadas a pequeños ejemplares artísticos de pintura no de suficiente calidad artística como para ser expuestos en los espacios públicos del Museo.

Me explicó que, generalmente, se trataba de pequeños grupos de niños pequeños acompañados de una maestra, o más bien cuidadora, procedentes de colegios privados en los que solían mandar las

asociaciones de padres, jefes de familias poderosas, ricas y bien relacionadas, a menudo donantes de pequeñas obras de arte sencillas aunque muy adecuadas para alimentar el buen gusto.

Retomamos nuestra relación previa viéndonos a menudo y compartiendo detalles de nuestros trabajos. Así fue como me hizo saber que especialmente durante el otoño, estas visitas de jóvenes estudiantes, se realizaban justo después de terminar la jornada escolar con la luz natural ya muy poco brillante y terminaban cuando los padres de esos niños se acercaban a esa esquina del Museo para recoger a sus hijos dejando a mi amigo solo con la correspondiente cuidadora.

Poco a poco me fui enterando de que en no pocas ocasiones, él y la cuidadora de ese día, comenzaban entonces una velada que empezaba con una cena temprana en algún restaurante de la zona y que casi siempre terminaba en el edificio de la calle Espalter, ya fuera en el lujoso piso alto, o en el semisótano en el caso de que las prisas no les permitieran esperar ni la subida en ascensor. Conocía sus apetitos desde nuestra juventud, no muy distintos de los míos, e incluso los habíamos satisfecho de la misma forma en algunas ocasiones recientes, cuando yo venía desde Londres. Pero de ninguna manera llegué imaginar la voracidad de su apetito sexual. ¿Se veía venir?

8 de diciembre – 11:17 hs

No, no se veía venir, incluso a pesar de que en los últimos años, y especialmente después de la muerte de sus padres, su vida sexual era, incluso para alguien que como yo no rechaza el placer de cualquier clase, un poco exagerada.

Durante no poco tiempo me aproveché de sus facilidades inmobiliarias para pasar muy buenas veladas. De vez en cuando recibía una nota suya diciéndome que esa tarde, la cuidadora de niños en Prado Educación se había prestado a transformar su pactada cena posterior en un encuentro a cuatro en el que yo sería el acompañante de la amiga de la cuidadora. Yo estaba siempre disponible pues no había recuperado los antiguos amigos, dispersos por el mundo, y todavía no había hecho nuevos en la Universidad en la que trabajaba.

De esa forma compartí con él y sus múltiples amigas algunos atardeceres agradables inmersos en conversaciones a cuatro centradas en el arte, en general pictórico, siempre matizado por el filósofo que yo era, o que se presentaba como tal, y desde luego siempre llenas de coqueteos bien sugerentes que, a medida que construíamos una cierta cercanía, comenzaron a prorrogarse en visitas a sus guaridas de la calle Espalter, ya fuera el piso alto o el entresuelo. Pocas veces coincidíamos los cuatro en una de ellas pues en general mi amigo Ramón se reservaba el piso alto mientras que yo y la amiga correspondiente pasábamos la noche en el entresuelo.

Las pocas veces que me tocó el piso elegante, me quedé pasmado ante ciertos cuadros, que no siempre eran los mismos y que parecían venir del Museo no solo por sus proporciones sino sobre todo por su calidad. En el entresuelo solo llegué a ver también algunos pequeños dibujos que, aunque cambiaban muy frecuentemente, raramente desviaban nuestra atención de aquello que habíamos ido a hacer. En ambos casos me parecía que eran obras que él supervisaba y que, de manera no muy correcta, acercaba a sus aposentos para charlar sobre ellas en una de sus invitaciones eróticas.

A principio me resistí a la tentación de pensar que Ramón estuviera haciendo algo ilegal. Las obras, aunque sustituidas por otras, desaparecían de su piso para volver a la cueva del Museo, supuse. No podía - o no quería - sospechar de mi amigo como de alguien que no cumplía con las reglas de una de las pocas instituciones de esta capital que parecía respetable. Pero poco a poco, a causa de alguna que otra conducta rara, fui cediendo en esa tentación.

Muchas de esas noches de placer que pasaba en el entresuelo, tenía que levantarme pronto para mi primera clase del día, dejando a mi pareja de esa noche continuar con su sueño. Yo me arreglaba de cualquier manera, siempre silenciosa, y me dirigía a mi casa para hacerme con mis libros y notas. Como yo disfruto mucho caminando por la mañana temprano y mi piso no está lejos de la cueva menor de Ramón, me tomaba mi tiempo, especialmente en esos días de otoño cuando las hojas dudan en el color con el que quieren presentarse, el blanco, el rojo o el que les queda del verde natural. Tres colores que me recuerdan infaliblemente a Iparralde, en donde siendo todavía un jovencito había pasado un par de veranos aprendiendo francés en una casa de Ustaritz, precioso pueblo en el que se hablaba euskera con naturalidad y en el que, por primera vez en mi vida vi ondear la Ikurriña.

Fue precisamente en ese pueblo donde, visitando su extraña universidad de verano, afané una pequeña pintura sin enmarcar haciéndome pasar por un ignorante que la confundía con un documento general de información sobre las actividades de la institución, siempre llena de extranjeros jóvenes aunque bastante mayores que yo.

Fue precisamente un amigo, hijo de la familia en cuya casa yo residía, el que me obligó a devolver de manera subrepticia la pequeña pintura, bajo la amenaza de que si no lo hacía, dejaría de emparejarme con Françoise todas las tardes a la orilla de la Nivelle.

8 de diciembre – 18:05 hs

Fue precisamente en una de esas cenas tempranas cuando, para mi sorpresa, Ramón rompió la costumbre y les dijo a las chicas que nos acompañaban: «Juan y yo tenemos algo que hacer». Después de pagar la cuenta, nos despedimos de ellas hasta más ver. Ramón lideró el camino de vuelta al piso alto de la calle Espalter lentamente y en silencio, silencio que solo rompió una vez dentro del piso, anunciando de sopetón que tenía un problema serio.

Fue una explicación premiosa, pero en resumen, se trataba de que, como ya suponía que yo sospechaba, ese tráfico de cuadros era la forma, no solo de platicar de arte y filosofía, sino también de hacerse con un dinero que necesitaba para mantener el estilo de vida al que estaba acostumbrado y que yo, dijo, conocía muy bien pues había disfrutado en parte de él.

Su vida bohemia le había dado la oportunidad de conocer una red de oscuros comerciantes de arte que, en general, traficaban con piezas grandes y de valor importante pero que de vez en cuando, se prestaban a apoyar a algún amigo necesitado de caja. El negocio consistía en vender un cuadro de pequeño formato y autor poco conocido, que él mismo había añadido a la colección de arte de Prado Educación y más tarde había trasladado a su casa, donde gracias a su técnica perfeccionada durante años, había realizado una copia que después devolvía al Prado mientras sus amigos vendían el original por un precio que les dejaba un margen sustancioso a pesar de que su comisión no era baja. La operación, confesó, había sido realizada en varias ocasiones.

Expresé mi asombro y también mi simpatía hacia ese comportamiento suyo que dejaba clara una idea que, como filósofo, yo había trabajado bastante, tratando de desnudar el valor exagerado del arte en el mercado, precisamente en base a las diferentes intervenciones jurídicas en su transmisión. Empezaba a sentir un cierto entusiasmo cuando Ramón me cortó y anunció que la gerencia del Museo había detectado extraños movimientos en la colección que él manejaba y que estaban dispuestos a echarle de ese trabajo, a pesar de lo mucho que sus padres habían aportado a la institución, pues sospechaba que algo raro estaba pasando con los cuadros.

Se impuso el silencio, pues él sabía que yo no le podía considerar inocente y yo no podía imaginar

qué podía hacer para sacarle del apuro. Después de un par de minutos yo rompí el silencio para expresar mi relativa simpatía hacia su ruptura con las convenciones vigentes en el mercado del arte; pero esto no pareció satisfacerle, así que le pregunté que esperaba de mí. Y ahí surgió la gran sorpresa.

Me dijo que las cosas en el Prado eran lentas y que tenía, al menos, seis meses antes de que le despidieran. La propuesta consistía en que, antes de seis meses, nos hiciéramos con un cuadro que, en su momento y después de disfrutarlo, o de que otros lo disfrutaran, venderíamos repartiéndonos el beneficio y del que, muy posiblemente, se perdería la pista para siempre.

A partir de ahí todo se desencadenó. Al principio no supe qué decir. Él era el verdadero artífice y además, el rico, mientras que yo me había tenido que labrar mi propio futuro y, aunque ayudado por mis padres, nunca había recibido nada de fundamento como herencia. No podía permitirme dispendios o abandonar mi trabajo y no entendía qué podría hacer yo para llevar a cabo con éxito un plan como aquel.

Con la venta de la vivienda de mis difuntos padres, compré un amplio entresuelo en la calle Doctor Velasco, no muy lejos de ese otro en el que yo había disfrutado tanto y que estaba unido, por así decirlo, con el mío a través del Jardín Botánico. Esa vivienda era todo lo que tenía.

Pero por otro lado, me asustaban las posibles consecuencias judiciales. Sus amigas, que en parte también eran mías, podrían ser interrogadas e incluso declarar contra mí. Ya me había acostumbrado a una de ellas y la iba a perder, fuera descubierto o no. Necesitaba pensarlo todo un poco, ya que, de pillarnos a los dos, si el Museo tuviera que elegir preferiría salvar a Ramón, hijo de unos benefactores que si no los más importantes, al menos habían colaborado con generosidad.

Decidí sobre la marcha pedirle un par de días de reflexión para pensarlo todo bien. Sin decir nada Ramón se levantó y sonrió al darme un suave golpecito en el pecho mientras me acompañaba a la puerta.

9 de diciembre

Los días de reflexión han pasado. Anoche dormí poco y mal. Desperté con angustia. Para no dejarme amilantar decidí repensar mis ideas y me di cuenta de que sería bueno comunicárselas a Marian, que se encontraba a mi lado en el entresuelo de la calle del Doctor Velasco y que es psicóloga. Me levanté en silencio y mientras me tomaba una taza de leche con parsimonia, pensé que mis argumentos a favor se reducen a dos: mi desprecio por la propiedad intelectual y el deseo, que nunca me ha abandonado, de hacer algo sonado que me saque de la mediocridad en la que creo moverme. Mientras ella desayunaba, yo comencé a explicarle la situación partiendo de una actitud favorable al plan de Ramón. Pero esa actitud sólo era aparente. Necesitaba argumentos para no aceptar su propuesta. Sus aparentes buenas intenciones no estaban justificadas.

Mi primera reflexión se basa en las ideas de un amigo que estudió en Londres y que después de terminar su doctorado, encontró trabajo en EE.UU.. Su doctorado se centraba en el extraño tema de la propiedad intelectual, ya se tratara de las patentes, como su forma más clara, o de los derechos del artista-autor, protegidos por organizaciones específicas, como VEGAP, cuya labor no es en general nada clara y genera unos derechos difíciles de justificar.

Lo que me encandiló del trabajo de mi amigo fue su intención última de eliminar la posibilidad de que las ideas o el arte alcanzaran precios tan altos que convirtieran esas ideas, científicas o no, o esas obras de arte, en bienes imposibles de alcanzar o de utilizar por la gran mayoría de la gente. En el

caso del arte estaba bastante claro que los derechos de autor frenan su difusión y, en consecuencia, el disfrute de la obra artística.

Es obvio que el robo del cuadro grande solo puede mitigar mi pobreza y a la vez cumplir con mis ideales si mostramos el cuadro en secreto y con la ignorancia total de los titulares de los derechos, pues de lo contrario, el cobro por mostrarlo no sería suficientemente elevado. Venderlo sin más, a un buen precio, me parece demasiado fácil. Marian me hizo notar que, en cualquier caso, sería de esperar que a medida que progresen los medios y las tecnologías de difusión, será muy difícil mantener el ingreso derivado del robo. Le di la razón, pero le pedí que escuchara mi argumentación completa antes de decidir abandonar totalmente el plan de Ramón.

Decidí entonces poner en su conocimiento un rasgo de mi personalidad del que nunca le había hablado: el deseo infantil de hacer algo grande y de peso. Un deseo que hace tiempo tomó forma concreta en mi imaginación. Como heredero del 68 siempre quise colaborar a un cambio del mundo que, como la historia ha demostrado, no parece muy posible. No hay suficiente playa debajo de los adoquines que, además, cada vez se utilizan menos en la construcción de nuestras ciudades. Ahora se me presenta una oportunidad de hacer algo grande, realmente grande, y propio de mi generación.

Imaginemos que la Mona Lisa es sustraída del Louvre y que, después de un par de años comienza a correr el rumor controlado de que se puede volver a ver a un precio muy alto. Se puede pensar que, en estos días de orgía tecnológica, se desarrollaría un aparato que permitiera invitar a determinadas personas a ver la Mona Lisa sin que nadie más pueda darse cuenta o encontrar el lugar en el que está escondida.

Sin necesidad de pedir a Ramón días extra para reflexionar, ya tengo el plan, o al menos parte de él. Se trata de un plan meticuloso que da pie a convertirse en la consecución de lo que siempre he querido. Y también de un verdadero reto, difícil, pero que tengo que aceptar pues es justamente lo que siempre he deseado: La oportunidad de dar un verdadero pelotazo, un pelotazo inteligente, sea para bien o para mal. Y ¿quien se atrevería a decir que es para mal cuando mi robo disminuye los costes del disfrute para todos? Seguro que Marian no.

10 de diciembre

He hablado con Ramón. Le he sugerido aprovechar su trabajo en PradoEducación para copiar el cuadro elegido – esta vez en las dependencias del Museo- mientras continúa desempeñando su puesto en la institución sin llamar la atención. Ha aceptado.

Ahora tengo que idear el plan para sacar el cuadro. Esta, sin embargo, no era una tarea sencilla pues esos cuadros estaban generalmente en el corazón del museo protegidos día y noche por agentes de seguridad especializados. Tengo que imaginar una manera de hacerlo que permita dos cosas aparentemente incompatibles: sacar el cuadro del Museo y exhibirlo en secreto garantizando su originalidad.

Deberíamos, Ramón y yo, seguir viéndonos, aunque con cierto secreto, para que mi figura desaparezca de la memoria general y en especial de la de esas profesoras de arte para niños que seguirán visitando esa parte del museo controlada por Ramón. Este debería así mismo continuar con las cenas posteriores con las profesoras, incluyendo a la amiga de Marian, Emilia que poco a poco también se va transformando en algo más íntimo para Ramón que una aventura esporádica.

Mi ausencia estará justificada por un cambio en el horario de mis clases en la universidad y que, lejos de ser falso, yo tengo que solicitar con la disculpa de atender a asuntos relacionados con la

herencia de mis padres, algo que requiere de mí trámites en horario de oficina. Eso me dará la oportunidad de encerrarme con Marian en mi semi-sótano de Doctor Velasco, desde poco después de comer. Hemos pensado Ramón y yo que nuestro plan debe permanecer firmemente en secreto pero acordamos que las dos chicas sean puestas al tanto pues ya sospechan algo gracias a las exhibiciones de Ramón.

Este cambio de horario y de localización me permitirá no solo disfrutar del amor con Marian sino también compartir con ella el plan secreto de mi gran golpe heroico, al que ella se ha apuntado sin necesidad de que yo insistiera. La seriedad de nuestro secreto no es óbice para que podamos divertirnos con improvisaciones a partir de la localización de mi residencia. En frente del salón se puede observar toda la vegetación que cuelga del muro del edificio de enfrente. Durante el otoño soleado se pueden observar en él todos los colores correspondientes, desde el verde todavía no desaparecido del todo, hasta el marrón de las hojas desprendidas o a punto de serlo, pasando por una especie de incomprensible blanco. En este maremagnum de colores se pueden observar, todavía en estos días casi de invierno, distintas formaciones de imágenes de rostros. De vez en cuando se ve una especie de rostro masculino que mira de reojo al anuncio de seguridad que subyace a la fronda. En otras ocasiones otro de una mujer con labios rojos gruesos mirando al frente con una expresión entre el horror y el odio.

Me es imposible no ver en esas caras dibujadas por las hojas dos preocupaciones que nos afectan a Marian y a mí. Yo miro al mundo de la seguridad dentro de lo arriesgado recordándome que tengo que imaginar cómo eliminar riesgos y ella, Marian, poniendo mala cara ante la toma de riesgos indeseados. Juntos hemos de diseñar un buen plan que no nos hunda la vida al tiempo que nos permita convertirnos en realizadores de un golpe sólido que nos da la ocasión de comenzar una existencia en común liberadora.

8 de enero

Ramón sigue trabajando en Prado Educación y yo como profesor de filosofía en esa universidad casi desconocida del sur de Madrid que empieza a no resultarme tan lejana ya que, desde mi nueva morada, no tardo apenas en coger un tren en la estación del sur y llegar al pueblo grande, aunque no lo suficiente como para mudarme a él, donde se encuentra la Universidad. Además, en estos momentos nada podría mejorar mi estilo de vida, con Marian tan próxima, en un entresuelo con buenas vistas a los tobillos femeninos.

Sin embargo no puedo olvidar que una parte del trato entre Ramón y yo está por cumplir. Debo encontrar la forma de hacerme con «el cuadro» y guardarlo hasta que Ramón y yo seamos capaces de encontrar un medio de exhibirlo en secreto. En mi nuevo horario, dedico un tiempo al mediodía a pensar en ello y a elaborar un plan con el que sorprender a Ramón. Hay tres partes de las que el plan no podía prescindir: Ofrecer un modelo de robo que sea aceptable, inteligente y seguro; debe acompañarse de una propuesta de cómo almacenar el botín del robo durante un tiempo largo que permita que se vaya olvidando el escándalo y, finalmente, es necesario que, entre ambos, seamos capaces de elaborar un formato que permita la explotación del tesoro.

Tenemos amigos comunes que muy bien podrían elaborar esa tercera parte de una forma genérica, sin necesidad de saber nada sobre el robo. Al fin y al cabo, se trata de llevar a la práctica una encriptación lo más cercana posible a la circular que, como mi amigo que sigue en Estados Unidos me explicó en su momento, es imposible. Aunque así fuera, eso solo quiere decir que tendríamos que perseguir una encriptación tan elaborada que no la pudiéramos generar nosotros solos. La segunda parte del plan es más fácil, pues la situación de mi nueva residencia es estratégica ya que está tan cerca del Museo que nadie sospechará de un vecino como yo. Y la primera parte está tan lejos aún

que, de momento, podemos no dejarnos llevar por su posible dificultad.

No hay prisa, me digo continuamente, tratando de alejar el momento de llevarlo a cabo; pero por otro lado tengo que pensarlo en detalle para presentarle el plan a Marian y conseguir su aprobación. Si esto me resulta tan urgente, debe ser porque nuestra relación me parece importante y quiero creer que a ella también y porque, en consecuencia, deseo consolidarla más allá de su inestabilidad. Esa inestabilidad no se debe a sus pretendidas obligaciones para con sus padres, que le imposibilitarían el mudarse a vivir conmigo permanentemente. En efecto, como sus padres viven en Lavapiés, podría seguir viéndoles tanto como hasta ahora sin esfuerzo aparente. Se trata más bien, creo yo, de su miedo a que el robo pueda traerme a mí, e indirectamente a ella, consecuencias penales serias.

9 de enero

Por alguna razón desconocida el invierno no termina de llegar este año y vivimos una especie de otoño prolongado con la luz intensa de las mañanas y el alargamiento de las tardes hasta que llega una oscuridad que se me antoja más transparente que otros años. La vida de Marian y la mía han entrado en una envidiable placidez con reencuentros diarios en la hora de la siesta, cuando nos quedamos en mi entresuelo y charlamos cariñosamente intercambiando proyectos de vida conjunta sin exigencia alguna de ir tomando decisiones. Creo que ambos somos conscientes de que yo tengo que cumplir con mi parte del trato con Ramón, pero ni ella ni yo parecemos decididos a romper la calma. Sin embargo, algún día tenía que llegar esa ruptura del silencio. Y llegó hoy.

Aunque se sorprendió cuando se lo dije, la idea vino de la propia Marian. Ella tiene una paciente, en este momento profesora de historia del arte en un instituto, que hasta el verano pasado trabajaba en el Museo del Prado vigilante de sala, un trabajo que odiaba. Un día, en medio de una diatriba sobre los motivos por los que odiaba su trabajo, contó que la seguridad del Prado era tan deficiente que incluso se podía acceder al interior a través del sistema de alcantarillado. Marian me lo contó en su día, divertida, y supongo que sin culpa, ya que yo no tengo forma de saber quien es su paciente.

Cuando le conté mi plan a Marian, procuré no disfrazarme del entusiasmo propio del que ha encontrado el tesoro buscado, sino aparentar tener un simple plan como quien explica un proyecto de vacaciones: Ramón llevaría el cuadro a las dependencias de Prado Educación para dar una clase temática sobre el mismo; entrando por la alcantarilla, yo daría el cambiazo y me llevaría el original, dejando la copia; luego esperaríamos a que esa copia volviera al cuerpo principal del Museo. Lo ideal es que éste descubriera que era falso y lo hiciera público. Sospecharían de Ramón, pero no tendrían ninguna prueba y simplemente lo despedirían, algo que él ya tenía previsto. Finalmente, a partir de ahí, pondríamos en funcionamiento la encriptación cuasi circular y comenzaríamos a ganar dinero ofreciendo visitas secretas que se pagarían de manera muy difícil de detectar.

Marian hizo unos comentarios muy generales en un tono muy poco tenso como tratando de abandonar el tema y volver a la placidez habitual. Pensé que había llegado mi momento y fui introduciendo detalles. El primer movimiento del cuadro sería tarea de Ramón que también me ayudaría a sacarlo de ese espacio y a depositarlo en casa de los padres de Marian o de Emilia. La encriptación cuasi circular y la venta posterior de servicios era ya cosa muy simple.

Sobre este esquema yo tenía modificaciones especiales que iría introduciendo en el momento adecuado dependiendo de la actitud de Marian. Pienso que me interesaba más a mí sacar la copia y dejar el original siempre que alguien descubriera, paradójicamente, la falsedad del original. Así se lo hice saber a Marian añadiendo que, de esta manera, ante cualquier problema que pudiera surgir, contaríamos con una gran defensa. Marian no pareció apreciar este último punto, sino todo lo contrario.

En medio de la serenidad en la que disfrutábamos del invierno, sesteando en el bajo del Doctor Velasco, la reacción de Marian fue bastante dura aunque no muy ruidosa. Me recordó con claridad su oposición a mi brutal deseo inicial de dar un golpe sonado que afirmara mi identidad única de autor, en este caso autor de un bocinazo en contra de la propiedad intelectual del arte. Se rió de mí al preguntarme si lo había olvidado; pero a continuación reafirmó su opinión en contra de cualquier acto ilegal por muy bien intencionado que fuera. Sus intenciones parecían buenas, pero nos pareció a ambos, al menos implícitamente, que resultaría mejor para los dos dejar esta discusión para otro momento.

14 de enero

Nuestra despedida no fue muy animada. Ella me hizo ver, entre otras pegas, que nada ilegal iba a contar con su sonrisa. Así que decidimos dejar la posible discusión de los detalles de la operación del robo para más adelante, en la esperanza por mi parte de que su sutil oposición se debiera al deseo de no abandonar nuestra feliz semisiesta casi diaria.

Pasaron unos pocos días y hoy nos reunimos de nuevo sin la esperanza de no volver a hablar de mi problema y concentrarnos en nuestro placer. Así que, con tono tranquilo, volví a insistir en mi deseo de hacer lo posible por llegar a ser Autor de reconocida valía, es decir, de que la autoría fuera etiqueta de mi identidad. Para mi sorpresa me encontré con una Marian distinta. Ya no comprendía mi ansiedad por la identidad heroica de autor y discutimos sobre esta. Yo no esperaba el tono de la reacción de Marian ante mi deseo ardiente de ser autor, a juzgar por su aparente entusiasmo la primera vez que se lo hice saber. Seguramente es que en aquel entonces no se lo creía y al darse cuenta de que iba tan en serio que podía hacer peligrar nuestra ya bastante madura relación, empezó a tener miedo.

Esta distinción en su actitud y mi ruidoso entusiasmo me hizo pensar en aquella preciosa película de Bergman que, en español, se tituló Gritos y Susurros y sobre la que, en su día, se extendió ese amigo mío que ya he mencionado con anterioridad. Escribió un ensayo que apareció como anónimo; pero que a mí no me fue difícil atribuírselo a él pues le conocí justamente en aquella época en la que ambos nos enredábamos alrededor de la maraña urdida sobre la identidad. En él distingue entre Arenques y Sardinas. Merece la pena citarle:

«El mundo de las Sardinas es un mundo de gritos propio del sur de Europa mientras que el Arenque conforma un mundo bien diferente, un mundo de susurros propio de los países nórdicos»

Y él mismo cita al Vanity Fair:

«La sociedad fuerte es propicia al grito, al ordeno y mando y al autoritarismo en general mientras que las sociedades en las que la identidad no se proclama al viento, huyen del grito y prefieren los susurros que les permiten vivir juntos de una forma razonable llena de compromisos y arreglos»

Las María y Karin del film de Bergman, no presentan relación alguna con la Negritud, pero son como ejes de una sociedad que se tiene que formar a partir de ellos y de las formas en que se entrecruzan. De esas relaciones depende si acabamos en una sociedad de Arenques o en una de Sardinas. Pues bien, acaloradamente ella, y yo muy calmadamente, éramos como los caracteres de aquella película de Bergman. Pensé que la búsqueda de la Autoría identitaria es más propia del

sur, en donde reinan las Sardinias y que hoy en día habría que hacerla pasar por el filtro de una sociedad de Arenques.

Esta tarde Marian se llevó el gato al agua citando lo siguiente:

«Nos guste o no, el esfuerzo expulsa el talento. Tanto en arte como en ciencia el esfuerzo solo merece la pena si se ejerce sobre la idea genial o al menos original. Que la inspiración te coja trabajando, dicen que dijo Picasso. Cabe añadir, creo, que no podría ser de otra manera pues quien tiene talento es siempre utilizado por una fuerza superior para desarrollar ese talento de una u otra manera. No siempre la manera que querrían los sacerdotes del esfuerzo».

Que Marian cite esto es muy significativo. Explica que me ha leído y que se ofrece a ser mi protectora y líder. Me emocionó.

15 de enero

He comprobado la veracidad del dato de la ruta por las alcantarillas, a través de un técnico del Ayuntamiento convenientemente sobornado y cuyo contacto proporcionó Ramón, que resultó tener contactos de lo más variopinto. La única novedad, es que en el acceso al Museo han añadido una reja de no muy buena calidad.

16 de febrero

Nos hemos convertido en una perfecta pareja burguesa. Ambos en el mundo de las Humanidades. Ella sigue con sus pacientes y sus amigas maestras. Visita el Prado casi todas las semanas y aprovecha esos momentos, creo, para pensar por su cuenta sobre cómo robar («hacer público» se había acostumbrado a decir) un cuadro. Yo continúo pasando mi tiempo en esa universidad que exige muy poco en términos de dedicación, así que también uso mi tiempo libre para pulir los detalles del robo.

El tamaño es un problema central. No se trata de hacerse con El Descendimiento de Van der Wyden, a mi juicio el mayor tesoro del Museo del Prado, no tanto para evitar una persecución terrible e internacional sino, sobre todo, por no poder imaginar una forma de hacerlo precisamente por su tamaño. Presentar a Marian esa decisión haría que ella se sintiera triunfadora en su tarea de acabar con mi sueño de identidad especial. Para ella somos ya un par de arenques que nos arreglamos para seguir siéndolo evitando una excesiva franqueza. Ella simula pensar en el robo tratando de minimizar su importancia económica y yo finjo que ya no me interesa el asunto pues jamás hablo de él y ni siquiera lo menciono en nuestras tardes cariñosas y, mucho menos, en atardeceres manos tranquilos y más amorosos.

Pero nada más lejos de la realidad. Si sigo en la universidad es porque puedo dedicar buena parte de mi día a imaginar otro plan heroico alternativo y detallado. Mucho mejor robar una colección de pequeños pinturas no colgadas en el cuerpo central del Museo o, alternativamente, un cuadro relativamente pequeño. El robo debe hacerse al anochecer, un día tranquilo y simultáneamente con un simulacro de robo por la parte del cuerpo central. De esta forma casi toda la seguridad se trasladaría a esa puerta general del Museo mientras que Ramón o yo sacaríamos el cuadro que nos interesa para nuestros planes de heroicidad y enriquecimiento por la puertecita que da a la plaza de Murillo.

¿Cómo continuar? Esto no lo tengo yo tan claro. Dudo entre dos alternativas. La más obvia parecería ser que, el uno o el otro, condujera un vehículo disfrazado de policial que ocuparía el lugar normalmente ocupado por un vehículo policial real, mientras que el otro o el uno introduciría el cuadro en ese vehículo que inmediatamente rodaría por el Paseo del Prado en dirección a un lugar seguro e inimaginable. La otra posibilidad es la ruta por las alcantarillas. La alternativa está clara y solo queda comparar los detalles de una u otra de las opciones.

Pero además de todos los detalles, tengo que decidir con cuidado qué cuadro será el que salga del museo ¿el verdadero o el falso?. Me tienta la idea de fingir el robo del verdadero amagando su salida por la puerta principal y sacar simultáneamente el falso por la puertecita de Murillo en ese momento sin guardias de seguridad que acudirían a la principal. Nadie lo sabría, ni Marian ni Ramón.

No me incomoda esta serenidad aparente, incluso llego a disfrutar de ella; pero no puedo olvidar que está basada en una mención no expresa de mis planes de forma que, cada vez que charlo con Marian de esos planes, estoy mintiéndole, cosa que no se merece. Quizá debiera olvidarme del todo de la construcción de mi identidad última y concentrarme en la vida con Marian. Quizá.

20 de febrero

La realización de mi plan requiere de bastante tiempo y, mientras no nos hacemos ricos con la exhibición del resultado de ese robo, los ingresos de Marian y yo, aun sumados, resultan cada vez más insuficientes para nuestro estilo de vida. En consecuencia buscamos una nueva vivienda mucho menos rutilante que la mía en Doctor Velasco y esa búsqueda nos llevaba a pasearnos por Madrid fijándonos especialmente en los bajos y los entresuelos.

¿Por qué bajos y entresuelos? A mí me gustan los entresuelos; pero si Marian y yo buscamos un lugar para vivir, no me parece adecuado que nos dediquemos sólo a los entresuelos y pienso, sin trampa, que debiéramos incluir en nuestra búsqueda el correspondiente bajo. No es esa combinación algo muy distinto de la correspondiente a las propiedades de Ramón en Espalter 1. O sea que estamos un tanto acostumbrados y, si fuera por la costumbre, también podríamos pensar en un bajo y un piso alto en el mismo edificio. Los pros y contras de comprar piso alto y entresuelo separados son evidentes para una pareja de presuntos enamorados y, además, recuerda a Espalter 1, algo que a mí me gustaría ir olvidando, por inaccesible, a no ser que fuera útil a efectos de mi acto heroico del robo.

Como tenemos que financiar la compra, y Marian no dispone de muchos fondos, tendré yo que vender mi propiedad de Doctor Velasco y buscar algo en un barrio más sencillo, es decir, más barato, pues la sencillez o el señorío no son nuestras preocupaciones y porque nuestros sueldos no son ni serían muy altos. Podríamos intentar la compra fuera del perímetro municipal de Madrid; pero ni ella ni yo somos «muy de campo». De común acuerdo pensamos que podríamos comenzar la búsqueda por Lavapiés, donde ella había crecido, donde Ramón vivía antes de heredar y a donde yo voy a menudo a la búsqueda de lugares bohemios que me apetecen.

Como Marian ha conocido el entresuelo de Ramón y ahora conoce el mío, pensé que entendería mis preferencias; pero no lo puedo dar por descontado pues podría ser al revés. Tengo pues que explicarle por qué me gustan los entresuelos. Sin duda es, en parte, la herencia londinense en donde son muy valorados y no son muy caros. Pero también tengo razones más viciosas; me refiero a mi gusto por los tobillos femeninos. No creo que esto le parezca un buen argumento a Marian, o sea que o se lo digo, corriendo el riesgo de añadir otra mala idea a la del robo, o me callo y renuncio a mi manía.

He decidido callarme y así ganar tiempo para esas mis elucubraciones secretas que no me abandonan. En efecto, se me ha pasado por la cabeza que poner Espalter 1 (falsamente) en venta podría ser una buena idea a fin de utilizar la puerta de atrás de PradoEducación para el robo. Mientras esté en venta, el correspondiente entresuelo, así como el garaje de la calle Morato conectado con él, estarán vacíos y eso nos vendría muy bien para utilizar la opción de las cloacas, mucho más segura que su alternativa ya que nadie sospechará de un local cerrado y vacío como depósito del cuadro robado. Cuando pienso en ello, el entusiasmo que siento al escucharme me lleva a pensar en Marian y a reprocharme mi tendencia a mentir, pues si se lo cuento, mi amor o mi acto heroico o ambos corren el peligro de romperse.

En cualquier caso la falsa venta de Espalter 1 y la verdadera de Doctor Velasco llevarán tiempo pues las viviendas no se venden de cualquier manera. Puedo disfrutar de la búsqueda por Lavapiés de la mano de Marian.

25 de febrero

¿Se puede vivir en Lavapiés? A pesar de llevar mucho tiempo en Madrid, no puedo presumir de conocer bien la ciudad. Lavapiés es un buen ejemplo. Está en el sur y yo viví y fui al colegio muy al norte así que, como luego fui a la UAM, resultó que el sur de la capital era un lugar extraño para mí (a pesar del Rastro) y siguió siéndolo hasta que volví de Londres donde fui después de acabar la carrera con el fin de hacer ese doctorado que uno de mis profesores me recomendó encarecidamente.

Mi primer contacto con este barrio tuvo lugar a partir de la existencia del Museo Reina Sofía. Hasta que El Guernica llegó a él yo iba a menudo al Casón del Buen Retiro a contemplarlo y solo acudía a los museos previos al MNAC de vez en cuando con la ilusión de aprender arte y no tanto para recordar a mis padres, que se habían casado en Bilbao, de donde ambos eran originarios, precisamente el día del bombardeo. Vivimos en Bilbao hasta que mi padre aceptó un trabajo en Madrid como profesor de la Escuela de Ingenieros Navales, a pesar de la burla que hacía su mujer, mi madre, sobre Navales en Madrid, famoso puerto de mar. Ellos vivieron en el norte de Chamberí, yo estudié en el colegio de los Jesuitas, en Chamartín, y luego en donde, con el tiempo, se construyó la UAM.

Poco a poco me fui haciendo al lugar y, con amigos o solo, comencé a pasear por lo que hoy se llama el Triángulo del Arte. Me encantaba esa plaza en Lavapiés en donde se encuentra la parte original del Museo, la de Sabatini, el Conservatorio Superior de Música, un hotel encantador y una cafetería en la que aprendí a saborear el bocadillo de calamares. Pero eso no es sino un trocito diminuto del barrio. Muchas otras calles se van entrecruzando y se dirigen sobre todo al norte y al oeste al tiempo que se cruzan con callecitas desde las que se ve, a primera hora, la niebla que tapa el horizonte.

He llegado al centro de este barrio desde muchas partes distintas pero, en general, siempre comenzaba desde esa plaza y subía hacia el norte girando enseguida hacia el oeste hasta llegar a la calle Argumosa que, en dos patadas, me ponía en otra placita en la que ahora hay un gran Centro Dramático al que he ido numerosas veces y desde el que siempre salgo dispuesto a cenar algo en cualquiera de los numerosos restaurantes de la zona que sirven comida de variados orígenes y de muy distintos precios.

Los hay de muy distintos ambientes; pero en casi todos puedes olvidarte de que estás en mitad de Madrid y abandonarte a sentir que estás en algún barrio de Londres o en cualquier país nórdico en el que los comensales hablan en un tono muy sereno y sin gritos. Esto parecerá raro pues, para la mayoría, Lavapiés es un centro importante del tipismo madrileño pero, si bien esto es también cierto, al estar mezclado con un cierto internacionalismo resulta inesperado y llamativo. Vivir aquí debe ser

equivalente a sentirte extranjero, pensaba entonces, como si se tratara de un mundo descontrolado en el que nadie conoce a nadie y en el que, en consecuencia, puedes pasar totalmente inadvertido. Ideal para aquellos que, como yo y quizá Marian, buscáramos el anonimato liberador.

El barrio es más grande de lo que yo imaginaba y además tiene puntos limítrofes con otros barrios bien conocidos en los que quizá se viva mejor y más tranquilamente. Pero, para alguien como yo, que lleva años viviendo en una de las partes más tranquilas de Madrid, lo interesante es la algarabía constante, las sorpresas frecuentes y la competencia entre centros culturales, bares y lugares de recreo que junto a las librerías, teatros y, especialmente, las galerías de arte, hacen del barrio algo excepcional y quizá algo difícil de abandonar con sus bajos y entresuelos de muy diferentes formatos.

Todo esto me hace pensar que mudarnos a este barrio, lejos de constituir parte de un plan para llegar a alcanzar esa identidad heroica que persigo, se va a convertir en un fin en sí mismo. Me viene a la cabeza que posiblemente, una vez más, me estoy arrepintiendo de una buena decisión antes de llevarla a cabo. Siento que, para vergüenza mía, nunca terminé lo que empiezo y que si eso es cierto en el futuro próximo no voy a conseguir nada: ni el robo ni el amor de Marian. Mi pregunta por lo tanto no es si se puede vivir en Lavapiés, sino si realmente quiero hacerlo.

1 de marzo

Sí, se puede vivir en Lavapiés y me resulta agradable vivir en este barrio tan único. Además es el barrio de Marian y ella disfrutará en él por la cercanía de sus padres, o a pesar de esa cercanía que, sin duda, le impondrá algunas obligaciones adicionales. Mi problema ya no es el de desaparecer de nuestra vivienda a fin de facilitar ese robo fundamental; sino más bien el de llevarlo a cabo con inteligencia e integrarlo en nuestra vida apacible de funcionarios. Tanto esa apacible vida que creo desear como el robo dependen también de la otra pareja que se va consolidando en paralelo con la nuestra, de manera que a mí me toca plantear ese robo, que en principio me concierne sobre todo a mí, de forma aceptable para las otras tres personas involucradas.

Se me ocurre que sería mucho más fácil de llevar a cabo si se hiciera en el contexto de un programa de realización de copias de cuadros valiosos por parte de estudiantes que mostraran habilidades al respecto. Estos cuadros estarían almacenados en un lugar significativo de esa parte del edificio que ocupa PradoEducación, sometidos a un cuidado minucioso, mientras el Patronato del Museo estudia su destino acorde con las intenciones generalizadoras de ese Patronato o de aquellos mecenas que los donaron en su día, como era el caso de los fallecidos padres de Ramón. En consecuencia, y conociendo la identidad de cada obra y los planes educativos que contemplara el Museo, no sería difícil para Emilia, con la ayuda de Marian, esbozar un plan educativo para jóvenes prometedores de los institutos de Madrid. El cuadro que yo deseo robar formaría parte de los seleccionados para ser copiados y se le asignaría a uno de los mejores copiadores elegidos.

La mayor dificultad del robo consiste en atraer a la policía que protege el Museo, incluyendo la que generalmente se encuentra en la plaza de Murillo, hacia la puerta de los Jerónimos, mientras Emilia y Marian acarrearán el cuadro seleccionado hasta la calle saliendo por la puerta que da a esa plaza, al Botánico y a la esquina de Ruiz de Alarcón con Espalater 2, antigua vivienda de Ramón ya en venta. Aquí caben dos alternativas. Si el cuadro es el correspondiente a la copia cabría el introducirlo en las cloacas de la ciudad a través de una alcantarilla a partir de la cual yo mismo lo llevaría hasta el garaje de la Calle Morato. Si por el contrario el cuadro es el original yo, al volante de un automóvil robado a la policía de esa zona que ha acudido a pie y corriendo a la puerta de los Jerónimos, lo recogería, lo metería en el maletero y luego conduciría con la alarma sonando hacia algún hotel de los alrededores o a nuestro semisótano de Lavapiés. Lo dejaría allí y luego conduciría hasta un lugar muy alejado.

Las dificultades de esta logística son evidentes pero nada serias comparadas con la necesidad de convencer a la mujeres con independencia del acuerdo con Ramón. Incluso si decidimos no contar con Emilia, la reacción de Marian hacia este plan no es predecible del todo. Es más, yo he ido elaborando mi propia versión de la peor reacción posible de esta chica que a estas alturas yo podría llamar «mi chica». El cuidado con el que me atiende siempre y, sobre todo, cuando le esbozo mis planes heroicos, me hace sospechar que lo que pretende es que, poco a poco, yo vaya desistiendo de esos planes y me concentre en mi carrera universitaria, en la que ella piensa que la inteligencia que me atribuye tendría mayores y mejores frutos.

Si todos estos planes salieran bien y a mi alrededor nadie se echara atrás, sólo faltaría hacernos con una de las tiendas de tecnología de nuestro nuevo barrio para desarrollar ahí, y de manera discreta, todas las herramientas necesarias para conformar un sistema lo más cercano posible a la encriptación circular.

7 de marzo

Zer Egin?

Mientras voy perfilando todas las ideas necesarias para ejecutar el robo del cuadro y, a la vez, sigo con atención los pasos de la correspondiente agencia inmobiliaria para vender la vivienda a mi estilo de Doctor Velasco, se me ocurre que no es la primera vez que me veo frente a una decisión de las que pueden cambiar la vida de uno. Nunca sin embargo ha sido como en esta ocasión en la que el cambio sería radical y no dependería sólo de mí.

Mi vida ha estado llena de cambios radicales. Abandoné enseguida el primer trabajo de empleado en una empresa del sector de la producción que conseguí nada más acabar la carrera. Y lo hice para largarme a Londres a fin de hacerme con un doctorado que me permitiera ser más ambicioso profesionalmente, para lo que a mi vuelta solicité y conseguí hacerme con un buen puesto en un banco importante. Tampoco duré mucho pues mis compañeros de trabajo me parecían muy poco abiertos a horizontes intelectuales que mejoraran en un futuro cercano la labor de intermediación.

En consecuencia me puse a impartir clases de licenciatura de Economía en una facultad bastante mediocre a fin de tener tiempo para desarrollar una agencia propia que me permitiera introducir novedades en el mundo de la propiedad intelectual. Pasé tiempo en este negocio propio, pero me aburrí de tener que introducir esas ideas nuevas en un mundo que solo pensaba en trabajar en unas novedades demasiado conocidas. Así que acepté un puesto medio en el gobierno central como ayudante de un colega de universidad que pensaba aplicar ideas interesantes para la exportación tratando de desarrollar formas de producción tecnológicas que rompieran fronteras en base a ideas radicalmente innovadoras. Todo pareció ir muy bien hasta que me di cuenta de que no iba a tener el apoyo de mi ex colega y amigo cada vez más atrapado por polítequerías que no eran de mi interés.

Fue al finalizar la legislatura correspondiente o, mejor dicho, un año antes, cuando decidí volver a la universidad en cuyo ambiente intelectual abierto pensé en dar un golpe fuerte a la forma vulgar de entender lo de la propiedad intelectual. Fui desarrollando ideas y publicándolas en revistas aceptables hasta que ya solo quise conseguir un buen golpe a las prácticas del mundo real, generalmente encasquilladas en intereses particulares. De ahí surgió, con mis padres ya fallecidos, esa idea, que me ha martirizado, de dar un gran golpe. Ocasión que llegó como por casualidad a partir de la tarea de Ramón en Prado Educación que le permitía, además de atender los ambiciosos seminarios para niños, entre los que se encontraban los organizados por las amigas de Marian, las cenitas semieróticas posteriores.

Quizá por ese accidente he llegado, pienso acriticamente, a la gran oportunidad de mi vida haciendo

de ésta algo no vulgar y en cierto modo heroico: devenir en autor más allá de la escritura académica ya practicada. ¿Cómo constituir un equipo a prueba de debilidades mediocres?

Me he reunido con mi amigo y con mis amigas para ponerles al tanto de mis ideas locas que yo considero fáciles de llevar a la práctica. Naturalmente he comenzado por eliminar las opciones más locas, como el robo del coche de policía. La única trampa que hago, a fin de guardarme una baza, es ocultarles que estoy dudando entre robar el original o la copia y que pienso retrasar la decisión hasta el último momento.

A partir de ahí les cuento, una vez más, la logística del robo, algo bien pensado y que, esta vez, me parece que expongo con bastante entusiasmo. Creo que se dan cuenta que ese es el caso y me plantean muchas dudas triviales que me hacen ver su falta de determinación, especialmente en Marian que, claramente, duda entre apoyarme o no agarrándose a la imposibilidad, reconocida por mi, de la encriptación circular. Se va alargando la sesión explicativa y, en mi interior, decido no llevar a cabo el robo o, lo que es lo mismo, renunciar a mi personalidad heroica y abrumadora; pero entonces me doy cuenta de que Marian me apoyaría de verdad. Habría sido el momento de pedir la mano de Marian... para siempre, pues creo que, incluso antes de expresar en voz alta mi renuncia al robo, Marian me hubiera dicho que sí aceptaba mi mano.

Mientras recogíamos nuestras cosas a fin de volver a nuestras viviendas respectivas, me he dado cuenta de que, una vez más, el resultado final va a ser el de siempre: yo me quedaré sin ninguna de esas dos cosas. Caigo en un principio de profunda tristeza diciéndome a mi mismo que continúo, como siempre, perfectamente solo. Nuestros cariños domésticos no han sido del todo suficientes como para convertir mi inicio de depresión en una alegría radical; pero al menos soy capaz de preguntarme. Zer egin?

11 de marzo

Esquema



13 de marzo

Plano cloacas



16 de marzo

*Cuadro elegido: **Andrómeda y el dragón!!!!***



18 de marzo



19 de marzo



Las últimas hojas arrancadas la pasé sin mirar. Andrómeda y el dragón...

Salí corriendo y subí hasta el despacho de la azotea, a ese museo personal de libros antiguos y recuerdos que por alguna razón, ya no utilizaba más que para dormir la siesta cuando no podía hacerlo en mi dormitorio porque venían los nietos y hacían mucho ruido.

Ese despacho tenía paredes curvas que hacían un recodo que escondía una pared a la vista general de la habitación. Esa pared solo se veía desde el diván que yo utilizaba a veces para dormir y que estaba enfrente a esa pared oculta.

Allí estaba. Andrómeda y el dragón.

Con las pulsaciones aceleradas encendí el ordenador y entré en Google. Andrómeda y el dragón es una copia anónima, realizada quizá por Tiziano, su taller o quien sabe quien, de una pintura previa del mismo Tiziano catalogada como Perseo y Andrómeda.

Perseo y Andrómeda está en Londres. La copia anónima (Andrómeda y el dragón) en el Prado.

Miré la ficha técnica de Andrómeda y el dragón, ahora disponible en la web del Museo. En «Inscripciones» decía:

1117 [semioculta por los repintes y barnices]

Manuscrito con pintura blanca. Anverso, ángulo inferior izquierdo

2354

Manuscrito en color anaranjado. Anverso, ángulo inferior derecho

77.

Manuscrito con pintura blanca. Anverso, ángulo inferior izquierdo

Todo encajaba... incluso la elección del cuadro. Una copia anónima de un original arrebatado de las manos del Rey por los ingleses, eternos enemigos. Una copia renombrada. Una copia copiada. Lo hice. No me acuerdo de nada pero lo hice.

FIN

Arquitectura espiritual

Hace mucho tiempo ya que poseo tres casas en tres zonas distintas de la Península Ibérica. Una en Madrid, otra en Cataluña y una tercera en Bilbao. Cada una de ellas responde no solo a circunstancias específicas de mi vida, sino sobre todo a formas características de entender mi propia personalidad. Si bien Madrid responde a la conquista de mi presunta persecución del éxito profesional, tanto Cataluña como el País Vasco se pueden entender como dos distintas formas de ejercitar mi negacionismo de lo razonable.

Mi casa de Foixà en Girona significa mi deseo siempre presente de vivir aislado y conocer el mundo solo por los periódicos y desde Europa aunque sea la del sur. Y mi residencia de Bilbao es la forma que tengo de no romper con el continuismo histórico de mi nombre, Urrutia, de una forma que quiere decir que vengo de lejos y que no pienso renunciar a esa distancia presentándome como cercano. Sí, nunca me siento «cercano» ni siquiera en la ciudad en donde nací y en donde he vivido la mayor parte de mi vida, al menos hasta ahora, y por eso, seguramente, hace unos días se me pasó por la cabeza tratar de adquirir otras dos residencias en Bilbao que compensen lo que significa mi cercanía a lo que significa ser del Centro, muy cerca de la Plaza Elíptica.

Me apetecería poderme sentir como vecino de las Siete Calles y siempre cercano a la aparente inconsistencia vital del Unamuno nacido en la misma casa que mi abuelo. Pero tampoco me gustaría renunciar a lo que podríamos llamar el Ensanche, relativamente más cercano a muchas gentes que no lejos de esa zona se aposentaron en Bilbao junto a muchos de los ricos relativamente nuevos. No pocos lectores podrán pensar que, al fin y al cabo, esos tres espacios se siguen uno al otro mostrando la linealidad de un cierto desarrollo que parecería negar la variedad heterogénea en la que me reconozco y en la que espero crecer. ¿Cómo podría aspirar a conseguirlo?

Mis tres residencias de las que he hablado no me parecen suficientes para sostener y agrandar esa heterogeneidad en la que quiero reconocermé. Por mucho que vaya recorriendo espacios de Madrid de los que tomo nota como lugares en los que podría reconocermé no creo que en su conjunto pudiera conseguirlo mejor que en la linealidad bilbaína. A mi edad siento que no tengo otra salida diferente a la que llamaría «arquitectura espiritual».

Y me atrevería a decir que es posible, aunque seguramente muy caro. Todo partiría de mi residencia madrileña, una casa individual de los años treinta y de cinco plantas siempre que pueda considerar como tal a la mas baja, aquella por la que yo accedería y de la que partiría el único camino a las otras cuatro. En esa planta estaría mi pequeña, diminuta, vivienda totalmente simple con cama, cocina y baño además del acceso a las otras plantas. Es este acceso lo que constituiría la aportación a la «arquitectura espiritual». Una escalera alta y sumamente empinada partiría de ahí y subiría a cada una de las otras cuatro plantas, a cada una de las cuales se accedería por medio de una puerta que daría acceso a su vez a un pasillo semicircular desde el que se accedería a los misterios de cada planta.

A continuación trataré de continuar con la descripción de las otras plantas, cada una dedicada a una de las obsesiones constitutivas de mi personalidad y con un dormitorio diminuto y adecuado, fácilmente accesible.

Arquitectura espiritual 1ª planta

En el capítulo anterior trataba de describir lo que entiendo como la forma de dotarme de vida con sentido a través de una forma de ser y de pensar que denominaba «arquitectura espiritual» y que trataba de explicitar a través de las cinco plantas de mi vivienda madrileña entre las que la planta baja sería «la puerta de acceso».

Como la primera de esas cinco plantas es en realidad la Planta Baja tengo que lanzarme a la descripción de la Primera Planta a la que denominaré Economía. Después de ascender la escalera en su primer tramo, abro una puerta que me hace pasar a una especie de distribuidor en el que el visitante descubre tres puertas dedicadas, cada una de ellas, a una parte de esa primera obsesión mía: microeconomía, macroeconomía y fusión. Cuando se abre cualquiera de esas puertas lo único que se descubre es una pequeña biblioteca de los libros correspondientes.

La dedicada a la Microeconomía esta llena de libros editados en los últimos 50 años, generalmente en inglés y con nombres bien conocidos y respetados y que, sin embargo, no corresponden a ganadores del Premio Nobel, pues estos ocupan un lugar especial en esta primera planta repartidos por la parte general de ésta en donde existe una especie de salón de estar donde muchas veces nos reunimos amigos de universidad a parlotear de novedades. Detrás de la segunda puerta se encuentran no tantos libros y todos ellos dedicados a la Macroeconomía.

Así como en los de la primera puerta se encuentran los esfuerzos por entender el comportamiento de los agentes económicos en diversos escenarios posibles, en los almacenados detrás de la segunda puerta topamos con los intentos que se han producido por buscar la forma de poder predecir por donde se encaminarán las grandes variables macro después de introducir en el sistema alguna gran arma de política económica.

Dados los contenidos reseñados no resultará extraño que detrás de la tercera puerta topemos con una pequeña colección de volúmenes en los que sus autores han pretendido y continúan pretendiendo profundizar en la forma en que ciertas modificaciones en la conceptualización micro pueden afectar a los resultados macro. Más específicamente destacan los esfuerzos en entender la influencia de la complejidad en el comportamiento individual.

Arquitectura espiritual: 2ª Planta

Aunque la escalera continúa hasta la cuarta planta, a partir de esta segunda comienza un ascensor muy amplio que puede usarse desde la planta baja para facilitar el acceso a personas mayores. Se recomienda, sin embargo, que se use solamente a partir de esta segunda planta debido a que el contenido de esta y de la siguiente pueden marear de tal manera que llegue a hacerse necesaria la ayuda mecánica para cualquiera que se tome en serio esos contenidos, mucho menos técnicos y más elusivos que los de la primera planta.

Uno entra pues en esta planta bien por la puerta a la que lleva la escalera, bien por la puerta a la que lleva el ascensor. Por lo demás su estructura es igual que la de la primera planta aunque, desde luego, el contenido corresponde a la filosofía y se divide en tres habitaciones cada una dedicada a un idioma distinto: el francés, el inglés y el alemán en referencia al origen del escritor correspondiente y cualquiera que sea el idioma en el que el libro esté escrito o haya sido traducido.

Los escasos libros que han sido escritos en castellano o que solo se pueden encontrar en la traducción a ese idioma, ocupan un lugar en un balda del ascensor para que nadie critique su ausencia. Sin embargo, el nombre que identifica esas habitaciones no es el del idioma, sino el del autor de ese origen que más presencia tiene en el contenido correspondiente: Sartre, Russell y Nietzsche. Este último en una letra rara que quiere distinguir al gran nihilista que hace imposible creer en la prueba definitiva de algo. Solo por eso los visitantes de la primera planta deberían estar obligados a visitar esta habitación de la segunda.

La sala Sartre contiene trabajos de aquellos filósofos franceses que más leídos fueron a partir de los años sesenta del siglo pasado y no pocos libros relativos al existencialismo y al examen de aquellas formas alternativas de vivir que tanto nos entusiasmaron a los que, por aquel entonces, nos planteábamos, justamente, poner en jaque la corriente de aquellos años.

Para darnos cuenta de la importancia de esto bastaría con recordar que muchas parejas jóvenes de aquellos tiempos pasaron por un kibutz más o menos tiempo y que, en cualquier caso, casi todos estuvimos al tanto de las formas que alcanzaron esos intentos de rediseñar la vida en el París del 68 así como en Inglaterra y en los Estados Unidos y, desde luego, también en Alemania, por mencionar aquellos países que más marcaron nuestra juventud. Así que la sala Russell y la sala Nietzsche deben ser entendidas como conteniendo aquellos aspectos de su obra más ceñidos al existencialismo aunque de manera más técnica que los franceses.

No hace falta extenderse más en estas consideraciones para hacerse una idea de aquello con lo que uno va a encontrarse capturado a través de las lecturas de esta segunda planta de este edificio espiritualmente construido. Pero falta una deriva más que está peor datada, que es más universal y a la que está dedicado el correspondiente pasillo semicircular de la planta: Wittgenstein, filosofía del lenguaje. No podía faltar en este edificio dada la afición de este austríaco por la arquitectura.

Arquitectura espiritual: 3ª planta

En la segunda planta comienza el recorrido del ascensor y la enorme superficie de éste sirve de nuevo espacio para libros un tanto inclasificables y, curiosamente, como complemento a los elementos de relajo de cada planta a partir de la segunda. En esta segunda planta, dedicada a la Literatura, este relajo es importante pues, así como la Economía puede ser difícil y su estudio genera mucho esfuerzo solo curable con descanso y posible salida de casa, tanto la filosofía como la literatura solo lo exigen cuando uno cree saber que «entender» en esas áreas no es necesariamente lo adecuado ya que el nihilismo es especialmente aplicable a ellas en el sentido de que no hay nada externo que las «explique». Esta forma de mirar tanto a la Filosofía como a la Literatura hace de estas dos áreas de conocimiento algo complementario que, sin duda, se reflejará en el uso del ascensor sobre todo entre estas dos áreas.

A pesar que en estas dos áreas, correspondientes a la segunda y tercera planta, hay menos cantidad de lecturas que en la segunda, esto no se refleja en una menor superficie y en la correspondiente mayor delgadez del edificio, precisamente porque la necesidad de mayor espacio de relajo para atender a la diferente naturaleza de una y otra y a su muy frecuente complementariedad, obliga a facilitar las subidas y bajadas entre estas dos plantas de esta obra de la arquitectura espiritual.

Esta segunda planta, es decir su contenido, está dividido, lo mismo que la anterior, entre autores de tres lenguas distintas: el francés, el inglés y, esta vez, el castellano. Si bien el alemán puede ser entendible en sus manifestaciones filosóficas por parte de los visitantes frecuentes, la literatura en alemán no lo es tanto y, por otro lado, el castellano ha de tener un enorme número de páginas disponibles. El espacio dedicado a la literatura generada en este último idioma ha de ser, por consiguiente, prácticamente la mitad de la superficie de la planta sin que sea necesario destacar ninguna especificación a fin de exhibirla en una balda del ascensor.

La educación en las escuelas españolas, al menos hasta hace poco, estaba dirigida, en el aspecto literario, hacia el francés, a través de autores como Proust, Gide, Camus y muchos otros que obligaban a los editores a poner a disposición del sistema educativo y de los lectores más refinados multitud de páginas de literatura francesa. Desde Julio Verne (con su Miguel Strogoff) puesto a disposición de la juventud hasta las obras de Flaubert (con su Madame Bovary) o de Victor Hugo (con la maravilla de Los Miserables), poco adecuadas para la juventud pero necesarias para que los adultos educados pudieran tener una idea más clara de su entorno.

No debería hacer falta confirmar que la literatura inglesa está bien representada y en cierta medida doblemente representada pues a los grandes dramaturgos ingleses, como Shakespeare u otros

muchos bien conocidos y naturalmente representados en esta tercera planta, habría que añadir a los más recientes escritores norteamericanos que, a través de una selección cuidadosa, rellenan otra balda del ascensor.

A pesar de la poca presencia del idioma alemán en la educación de las escuelas españolas, los editores no podían permitirse la ausencia de la literatura alemana o austriaca en sus catálogos. Destacan sobre todo J.W. Goethe, Thomas Mann y Stefan Zweig. Las obras más importantes de éstos y otros lucen en esta planta.

Ni que decir tiene que esta planta es la más usada de esta obra de arquitectura espiritual por lo que el ascensor está la mayoría del tiempo parado en ella. A menudo el lector se queda hasta muy tarde por lo que hay que contar con la posibilidad de que dormite en ella. Por ello debe contar con butacas muy cómodas colocadas tanto en la planta en sí como en el ascensor que cuenta con una de esas butacas individuales que muy a menudo sirven de cama al lector siempre que en la cuarta planta no continúe una de las frecuentes reuniones de amigos de la arquitectura espiritual.

Arquitectura Espiritual: 4ªPlanta

La cuarta planta es difícil de describir y todavía más difícil de justificar. No llega el ascensor a ella ni tampoco la escalera general, sólo una especie de estrecha colección de escalones desgastados. No dispone de ventanas sino que tiene una enorme cubierta transparente hecha de una especie de cristal resistente a prueba de rayos. Lo único original es una ilocalizable luz artificial que ilumina el exterior desde esa altura que alcanza esta cuarta planta: al norte los rascacielos, al sur la planicie, al oeste el verdor de los ríos y al este un descenso rápido hacia el mar. Una especie de cápsula de las que todavía se lanzan al espacio de vez en cuando con la esperanza de ir diseñando el camino hacia otro planeta.

Es, naturalmente, en esta planta en donde siempre tiene lugar la discusión abierta del tema de la semana en presencia de pocos de los habituales de otras plantas. Este tema se plantea por parte de algún visitante de esos habituales con ganas de aprender algo o, más a menudo, de lucirse en la exposición de ese algo. Esta discusión se centra siempre en una mezcla de las lecturas de las otras tres plantas. Puede tratarse un tema económico iluminado por la literatura y quizá dependiente de precisiones filosóficas. O de un tema filosófico planteado en términos económicos. O, a veces, de un tema literario visto filosóficamente. Este último es el contenido más frecuente, lo que deja en evidencia la formación de la mayoría de los asistentes entre los que faltan, con toda claridad, los entendidos de verdad en literatura.

La merienda-cena llega sola hasta el ascensor siempre a la misma hora, lo que facilita la recogida por cualquiera de los asistentes de los que ya he hablado; pero nunca la misma. Quien la envía y quien decide su composición son algunos de los misterios que contribuyen a mantener el interés de estas reuniones.

Hasta ahora solo se ha descubierto que siempre llega justo cuando el presentador ha terminado su intervención y comienza el diálogo, que no puede pasar de 90 minutos: treinta para una intervención de cada uno de los presentes y 60 para una discusión libre y sonora, discusión esta que puede continuar ad infinitum de manera desordenada y que se va acabando cuando la luz de origen desconocido ilumina toda la capital y se cree entender por parte de los asistentes que la copa de su edificio más alto está simultáneamente iluminada y apagada, de la misma forma que el gato de Schrödinger está vivo y muerto al mismo tiempo, tal como nos lo explica el entendido en mecánica cuántica para desesperación de muchos de los asistentes que ponen cara de aburrimiento.

Finalmente el secretario de este grupo procede a leer un adelanto de lo que será la conclusión, nunca definitiva, de la reunión de esa semana y propone el contenido de la siguiente.

Esa extraña luz de la cuarta planta se va desvaneciendo y cuando, finalmente, se apaga del todo, la mayoría de los asistentes abandonan esta planta y se van de esta obra de arquitectura espiritual.

Cada noche se van la mayoría de los hombres y muy pocas mujeres. Quedan casi todas las mujeres y, siempre, el dueño del local y director de esta pretenciosa reunión de intelectuales. Las mujeres se quedan, presumiblemente, para defenderse entre ellas del ataque del dueño que pretende así pasar a la historia de la intelectualidad.

Mi diminuta planta baja espiritual

Mi irrenunciable deseo de vivir de acuerdo con mi personalidad, sea ésta ya vivida o sea por vivir, me ha llevado a convertir mi amplia vivienda de Madrid en una especie de Torre Eiffel cultural con lo que el espacio que me queda para residir en ella es muy limitado. Ya decía que apenas ocupaba espacio en la planta baja. Ahora trataré de explicar por qué razón ese espacio responde realmente a mi personalidad.

El espacio del que hablo apenas ocupará unos 10 metros cuadrados. A pesar de esa dimensión a él acceden o de él parten cinco puertas. La primera es la entrada principal de acceso, que ocurre a través de una modernista puerta de cristal que parte de lo que fue el salón principal de la vivienda original. Se accede a un gran armario que admite mi ropa para toda ocasión, desde ropa interior a trajes, pantalones y camisas a juego junto con abrigos, gabardinas y una preciosa colección de sombreros.

Este espacio diminuto es en el que duermo cada noche apenas estirado y en su breve pared están instalados los controles tanto de todas las luces de la torre como de las entradas a ella así como un precioso grabado de la hermana de Jorge Luis Borges, Norah Borges, con fecha de 1923 y el título Niñas buscando ángeles. El resto de las puertas son más bien de salida.

En efecto, la segunda puerta de esta mi celda asumida como tal, se abre hacia un pequeño baño prácticamente lleno de cremas e instrumentos de afeitar que apenas si dejan espacio para las necesidades diarias y, desde luego, no lo dejarían para una ducha por pequeña que esta fuera. Es solo desde este subespacio que puede airearse el total de este espacio que intento describir como mi celda y que cuenta con un pequeño cuadro (Norte) del hermano de un amigo catalán que muestra una madre tirando de un niño en una playa que no es de la Costa Brava sino más bien vasca.

La tercera puerta es la que da al ascensor de toda la torre pero que, fuera de horas, sirve para que yo expanda mi cuerpo más allá de estos diez metros cuadrados. La cuarta puerta es corredera y abierta a un tramo de escaleras que descienden hasta una estancia subterránea llena de botellas de vino que fueron regalos de visitantes agradecidos, según ellos, por la espiritualidad de la arquitectura del conjunto y también de cajas de cartón rebosantes de todas mis notas intelectuales acumuladas durante años. Estas ocupan mucho espacio, uno en el que yo podría dormir de forma mucho más natural, aunque para ello tendría que deshacerme de prácticamente mi obra entera, algo a lo que no estoy dispuesto.

Todas estas puertas mencionadas, menos la primera, no dan a ningún sitio que a su vez esté a su vez conectado con el resto del edificio. Lo que no se diferencia gran cosa de una puerta, la quinta, en realidad no es tal, pues se abre directamente al interior de un frigorífico que contiene todos los caprichos que me concedo por las noches. Desde leche con galletas de diferentes marcas, hasta chocolates varios pasando por bebidas con o sin alcohol.

Después de haber descrito la gran aventura de arquitectura espiritual en los capítulos anteriores, yo mismo me pregunto por qué duermo tan incómodamente. La explicación detallada tendrá que esperar a otra ocasión. De momento habrá de bastar con la afirmación de que procuro disipar las sospechas de que soy un señorito rico y presumido y dejar claro que pretendo vivir de manera muy humilde aunque los cuadros que he mencionado muestran mi gusto burgués y mi espiritualidad.

FIN